

**EDUCACIÓN PARA LA CONVIVENCIA DEMOCRÁTICA
PAZ, SEGURIDAD Y DESARROLLO EN LA SOCIEDAD FUTURA**

Fundación Santillana, 29 de Noviembre de 2002

En primer lugar quiero agradecer a mi queridísimo amigo Ricardo Díez Hochleitner su invitación para participar en esta mesa de clausura de esta semana en la que se ha abordado sin duda uno de los temas fundamentales para el futuro de nuestra sociedad. Es un honor para mí compartir esta mesa nada menos que con Thorvald Stoltenberg y con Victor Pérez Díaz, y una vez más en mi vida me siento como un peso mosca entre pesos pesados.

Es evidente que hablar del futuro con algo de tino y acierto es algo cada vez más complejo y difícil, y que tratar de predecirlo raya en la insensatez. En ese sentido, y entre otras cosas, comparto una cierta dosis de osadía e insensatez con Victor Pérez Díaz. Ambos, yo en 1996 y él en este año que termina, hemos escrito y publicado en la misma editorial, Taurus, dos ensayos titulados “El Futuro de España”, el mío mucho más largo y abarcando el futuro del mundo en el próximo cuarto de siglo.

Les ruego que me permitan hacer una observación, que al principio les parecerá egocéntrica y que me voy por las ramas. Sin embargo, me parece pertinente y creo que interesante, y muy relevante para nuestra discusión de hoy. Es sobre el tipo de errores que pueden cometer aún los científicos y grandes personalidades del mundo académico a la hora de predecir el futuro. En esos errores caen los pesos moscas, pero también los pesados. En 1993, tras asistir a mi reunión de la Harvard Business School a la que asistieron muchos de mis antiguos profesores, y compañeros míos que habían llegado al zenit de sus vidas profesionales, llegué a la conclusión de que la economía española tenía un porvenir sumamente negro: iba a ser arrasada en poco tiempo por lo que yo llamé “el capitalismo darwinista”. A mi regreso publiqué en EL PAIS un artículo con predicciones catastrofistas. Esa noche la personalidad más alta de nuestro país me dijo: “¡Caramba, Diego! ¡Qué bueno eres trayendo problemas! De eso ya tenemos bastante. ¿Por qué no te vuelves a Harvard y nos traes soluciones?” De ahí surgió mi impulso que acabó llevándome a la Universidad de

Harvard y a escribir mi “El Futuro de España, más matizado que mi equivocado artículo catastrofista.

Al escribir mi libro en 1995 yo tenía entre otros, a dos grandes gurus: Jeffrey Sachs, el famosísimo economista especializado en cuestiones de desarrollo, y Víctor Pérez Díaz, un no menos famoso sociólogo y politólogo español. A los dos consulté mientras escribía mi libro, a Jeff sobre el futuro de los países menos desarrollados, a Víctor sobre si el problema de los nacionalismos en España iba o no a convertirse en un problema serio. Ambos me pintaron un futuro muy esperanzador.

Jeffrey Sachs me hizo un esquema de la Teoría de la Convergencia, según la cual los países más pobres tenían una oportunidad histórica para acortar la distancia que les separaba de los ricos. En efecto, el capital acudiría a todos los países que, teniendo una adecuada gestión macroeconómica, tuvieran factores de producción más baratos, con lo que sus economías crecerían a tasas anuales de dos dígitos.

Víctor me dijo que los nacionalismos no serían un problema en el futuro. “Los vascos, los catalanes, los gallegos, los andaluces, los extremeños y los canarios de las generaciones venideras que no han vivido bajo el peso de la dictadura se sentirán también españoles y europeos. Un joven vasco, por ejemplo, sabrá cuando debe pulsar en su interior su “tecla” de vasco, la española y la europea según el tema de que se trate, y desarrollará esa capacidad hasta que se convierta en un automatismo”.

Desgraciadamente tanto Jeffrey Sachs como Víctor Pérez Díaz estaban seriamente equivocados, y desgraciadamente sus profecías no se han cumplido. La *teoría de la convergencia* se había convertido en 1998 para Jeffrey Sachs en la *Teoría de la Divergencia*. No he tenido ocasión de preguntar a Víctor qué piensa de la evolución posterior a esa conversación de hace casi ocho años, pero creo que su opinión habrá cambiado. Después tendré ocasión de referirme a otra predicción, esta vez más certera, que Víctor hizo hace un año cuando el 11 de Septiembre nos obligó a replantearnos

la celebración de la Conferencia sobre Transición y Consolidación Democráticas que se iba a celebrar (y se celebró) en Madrid en Octubre de 2001

Esa conferencia, que fue organizada por la Gorbachev Foundation of North America y la Fundación para las Relaciones Internacionales y el Diálogo Exterior (FRIDE) me dio ocasión de reunirme varias veces con el Presidente Gorbachov. Reconociendo las dificultades para analizar una situación mundial cada vez más compleja, ambos tratamos de identificar los principales problemas con los que parecía enfrentarse la humanidad en los albores del siglo XXI y que parecían constituir las principales amenazas para la paz y el desarrollo de la sociedad futura. Dejando aparte los medioambientales y el avance del sida y otras enfermedades infecciosas, dos problemas destacaban entre todos: la pobreza y desigualdad crecientes y el hecho de que la tercera ola democrática se hubiera detenido.

La desigualdad y la pobreza creciente de continentes enteros como Africa, y de muchas regiones de la tierra constituyen una seria amenaza para la estabilidad y la seguridad en el mundo. Cuando yo empecé mi andadura en el Banco Mundial en 1968 la renta per capita de un ciudadano de la UE era once veces superior a la media africana; ese coeficiente es ahora de 1: 45. Las estadísticas globales ocultan el problema de fondo, porque China e India si han crecido y de algún modo han reivindicado la teoría antigua de Jeffrey Sachs. Sin embargo Africa, gran parte de América Latina, y muchos países de Oriente Medio y Asia Occidental están empobreciéndose. Si la situación y las reglas del juego no cambian nada impedirá que las diferencias y la pobreza sigan creciendo.

La prometedora tercera ola democrática iniciada en la Península Ibérica hace un cuarto de siglo y que pareció convertirse en un paradigma universal también ha terminado, y el porvenir no parece favorable. Aquí vuelvo a referirme a Víctor, que en Septiembre de 2001 hizo una predicción ominosa y desgraciadamente certera. “Diego” me dijo “vamos a tener que cancelar la Conferencia sobre Transición y Consolidación Democráticas. Primero, porque ni los

expertos se van a atrever a volar ni a los Jefes de Estado que deben volar a Madrid se lo van a permitir sus servicios de seguridad. Segundo y más importante, porque desgraciadamente la democracia era un ideal del Siglo XX pero va a desaparecer como tal en el Siglo XXI. Este siglo verá una alianza entre democracias y no-democracias luchando contra el terrorismo”. Ahí yo pegué un puñetazo en la mesa y decidí que la Conferencia era más necesaria que nunca y debía celebrarse por tres razones. (A) Los terroristas no deberían cambiar la sociedad que hemos elegido para nuestros hijos y nietos. (B) Si todo el mundo fuera democrático los terroristas tendrían dificultades para existir y actuar (C) El propio argumento de Víctor: había que evitar que la lucha contra el terrorismo constituyera una coartada para líderes autoritarios y para una catastrófica restricción de las libertades civiles e individuales.

Afortunadamente la Conferencia se pudo celebrar. Todos los expertos y 35 Jefes y Ex Jefes de Estado y de Gobierno acudieron, y crearon una institución prometedor, el CLUB DE MADRID, que espera colaborar con la IDEA de Thorvald Stoltenberg y con otras organizaciones con fines comunes para contribuir al fortalecimiento de la democracia en todo el mundo. Sin embargo, la predicción de Víctor amenaza con cumplirse.

En efecto, los acontecimientos desde el 11 de septiembre de 2001 han añadido tres problemas más, relacionados con los anteriores.

El primero, subjetivo pero evidente, es que han aumentado las sensaciones de inseguridad e incertidumbre. Muchas de las certezas que un ciudadano de cualquier país del mundo tenía entonces se han convertido en incógnitas que nos preocupan, angustian o aterroran, y que nos hace temer con fundamento que el mundo en el que vivirán nuestros hijos y nietos será mucho más difícil y, desde luego, peor que el nuestro.

El segundo, que añadió el presidente Clinton a mi lista, es 'el círculo vicioso que existe en la mayoría de países musulmanes en Oriente Próximo y el Magreb': la escasa educación que reciben las mujeres lleva a tasas elevadas de natalidad, y éstas, a que un

porcentaje demasiado elevado de la población sea de niños con escasas posibilidades de integrarse dignamente en la sociedad al llegar a la edad adulta. La mitad femenina de estos niños apenas recibe educación, mientras que la masculina la recibe sólo de organizaciones islámicas que imparten una versión intransigente del Corán. Clinton recordaba que un niño paquistaní de diez años, guapo y de voz dulce, que sabía el Corán de memoria, declaraba que su mayor felicidad cuando fuera mayor sería morir matando a todos los americanos que pudiera. El presidente Clinton opina que este problema, unido a los de la pobreza y crisis democrática, es el principal responsable de la emergencia del terrorismo y la inseguridad.

Hay un tercer problema, que añadido a los anteriores, y que podría simplificarse como el de un unilateralismo creciente de Estados Unidos. La lista de temas importantes con grandes diferencias de posición entre su Gobierno y el resto del mundo (como Oriente Próximo, América Latina, la Corte Penal Internacional, el Convenio de Kioto, el sistema antimisiles, el proteccionismo a su sector siderúrgico, su casi nula ayuda externa, etc.) crece aceleradamente; pero estas discrepancias, lejos de incitar a Estados Unidos a reexaminar sus posturas, van acompañadas por una cierta arrogancia. Creo que los estadounidenses tienen dificultades para ver que la falta de un contrapeso a su poder hegemónico, que no tiene precedentes históricos, y el escaso interés de sus electores por todo lo que ocurre más allá de sus fronteras les podría llevar a una política exterior que en lugar de ganar corazones y voluntades en el mundo los aliene, y lleve al mundo a ese Clash of Civilizations de Huntington, que en 1993 parecía irreal y hoy no tanto.

Hace cuatro meses, el Weatherhead Center for International Affairs, de la Universidad de Harvard, organizó en Talloires, junto al lago de Annecy, una conferencia titulada *El futuro de la política exterior de los Estados Unidos*. La conferencia reunió a unos treinta de los mejores especialistas en relaciones internacionales procedentes de unos veinte países, entre ellos a varios profesores norteamericanos, algunos de ellos demócratas y otros próximos a la

Administración de Bush. Creo poder afirmar que casi todos los europeos y asiáticos, y espero que algunos americanos, salimos de Talloires extraordinariamente preocupados por las exposiciones que hicieron personas próximas a la mentalidad del Gobierno de Estados Unidos.

La discusión en la conferencia estuvo dominada por dos análisis, actitudes y predicciones contrapuestas: *a)* una autoproclamada *imperialista*, que consideraba legítimo el intervencionismo de Estados Unidos en cualquier situación de amenaza; *b)* otra (*offshore balancer*) *aislacionista*, que postula que Estados Unidos no debe intervenir, sino enfrentar una contra otra a potencias regionales para que se controlen o eliminen entre sí (ejemplos, Irán contra Irak, India contra Pakistán, China contra Rusia o contra Japón). Ambas posturas son unilateralistas; están basadas en la aplastante superioridad militar de Estados Unidos y ninguna considera necesario ningún tipo de coalición o consenso internacional, ni la participación de un organismo multilateral como las Naciones Unidas, ni siquiera la aquiescencia previa de la Unión Europea y de otros antiguos aliados de Estados Unidos, a quienes se considera irrelevantes.

La postura imperialista acogió con entusiasmo los discursos del presidente Bush, que, tras la reacción moderada inmediatamente después del 11 de septiembre, crecieron en belicosidad a lo largo de 2002; al del *Eje del Mal* del Estado de la Unión sucedió el de West Point, en el que Bush consideraba un error esperar a que las amenazas militares / terroristas se materialicen y consideraba legítimo el derecho a iniciar ataques y guerras preventivas. La materialización de esta postura representa un precedente terriblemente peligroso para el futuro por razones evidentes para nosotros pero aparentemente no tanto para sus proponentes.

La postura aislacionista tiene tres premisas basadas en la vieja doctrina de Monroe, que ha regido la política exterior de Estados Unidos durante más de siglo y medio. Estados Unidos debe *a)* establecer su hegemonía regional en las Américas, *b)* vigilar para que ninguna potencia domine de igual manera en Europa o en Asia

y c) tratar con esas potencias rivales sólo si otras demuestran ser incapaces de controlarlas. Por ejemplo, es esencial que ninguna potencia local (Irán o Irak) predomine en el golfo Pérsico amenazando el acceso al petróleo de la zona. EE UU debe intervenir sólo en caso de extrema necesidad: la amenaza directa de una potencia rival. Esta postura tiene al menos el mérito de oponerse a la guerra como panacea.

Afortunadamente, desde Julio, el unilateralismo americano se ha moderado, pero la guerra y el conflicto entre civilizaciones sigue siendo una amenaza. Mis reflexiones fueron descorazonadoras. Primero, tras el 11-S cabían dos preguntas: 1) ¿quién nos ha hecho esto?, y 2) ¿por qué? Plantear sólo la primera conduce a la paranoia, y sólo la segunda lleva a las verdaderas causas -es decir, a los problemas enumerados al principio de mi ponencia- y supone un paso hacia las soluciones. Mi temor es que muchos analistas se han quedado en la primera pregunta. No analizar las causas que llevan a personas a morir matando por una causa y creer que el problema se puede solucionar por métodos militares es ignorar las lecciones de la historia.

Segundo, fue muy revelador que en una conferencia sobre política exterior se hablara exclusivamente de intereses, temas militares y de seguridad, y en ningún momento de valores, solidaridad, ayuda, apertura de mercados, diplomacia y paz.

Tercero, América Latina y África no fueron tema de discusión. Igual que noviembre de 1989, fecha de la caída del muro de Berlín, supuso la marginalización definitiva para África, el 11 de septiembre lo ha supuesto para América Latina.

Por último, los europeos y asiáticos y algunos de los americanos alejados del poder proclamamos nuestra preocupación. En todo caso, el predominio de intereses sobre valores, de temas militares sobre económicos y diplomáticos, de la guerra sobre la paz, indicaban un divorcio creciente entre Europa y EE UU. La hora del diálogo entre ambos ha sonado y es, sin embargo, más difícil que nunca.

Para concluir: pienso que los temas prioritarios que el mundo debe resolver de una manera concertada son la erradicación de la pobreza, el resurgimiento e implantación universal de la democracia activa, y cómo llevar la educación y los valores del conocimiento del mundo, de la justicia y de la solidaridad no sólo a las poblaciones de los países que consideramos como intolerantes, sino a las nuestras.

Me atrevo a citar a uno de mis hijos, que en su radicalismo juvenil afirma que la mejor inversión que podríamos hacer sería en educación y en Estados Unidos. Lo cierto es que el establecimiento de fundaciones (como "Worldaware" en el Reino Unido) que desde el sistema educativo y la enseñanza primaria inculca esos valores y explica que existe un mundo menos privilegiado que el nuestro al que tenemos la obligación ética de ayudar sería una prioridad para Estados Unidos y para todo el mundo occidental. Más adelante se puede demostrar a los alumnos, con las lecciones de la historia, que ayudar a los demás es un caso de lo que ellos calificarían como "enlightened self-interest".

Muchas gracias por su paciencia y por haberme escuchado.